



Cementerio del olvido¹

(Fragmento)

Por Blanca Álvarez Caballero

II MATILDE

Caminaste por callejones empedrados a la Parroquia de San Miguel Arcángel, en Zinacantepec. Fuiste a misas dominicales y a alguna celebración muy especial. Tus vestidos fueron amplios. Algunos, ampulosos; otros, no tanto. Los alzaste un poquito para no ensuciar su delicada orilla, para que no rozaran con la banqueta, piedras grandes, las más altas y menos gastadas en esos tiempos. Escuchaste la homilía, rezaste el Padrenuestro, recibiste la Sagrada Comunión. En el atrio, admiraste los árboles y jardines, respiraste al aire mientras saludaste con tu familia a otros personajes pudientes de la localidad. Viste lugares donde la fruta estuvo fresca, deliciosa para comerla y pintarla en tu casa, gracias a las haciendas y la Tienda del Águila de tus papás: Manuel y Luisa.

En tu hogar, más cómoda, te dispusiste a pintar un retrato de un familiar o hacer un cuadro de comedor. Siempre hubo mesas y recipientes lujosos en que disponer naturaleza y objetos para trazar una composición pictórica. Dibujaste entre aromas a plátanos, manzanas, uvas y condimentos; telas traídas de otros lugares para cubrirte del finísimo frío de nuestro municipio.



Imagen: retrato de Matilde Zúñiga, cortesía del Museo Felipe Santiago Gutiérrez

¹ Cuento ganador del segundo lugar del XI Certamen Literario "Palabra en el Viento".

Te alegraste por nuevas prendas, aretes de oro con pedrería y accesorios únicos para ti. Mucho más importantes fueron La Biblia, orar con frecuencia y pintar cuadros religiosos simbólicos por su dolor, en que siempre estuvo el tuyo: una mujer soltera y, más que eso, sola, vigilada por tu familia y servidumbre paso a paso.

Custodiado el recato de tus acciones; pero libre tu melancolía, resignación sumisa ante el encierro familiar del siglo XIX. A veces te desesperaste, aunque supiste muy bien ser obediente, concentrada, tenaz e imaginativa, atenta a la instrucción de tu maestro Felipe. Tristísima cuando él partió de México para realizar largos viajes. Eterno el tiempo por no tener otros maestros de dibujo y pintura, amigos y excelentísimos profesores como fue él. Esperar más o menos unos treinta años a que Felipe te hiciera un segundo retrato, espejo amargo que ve pasar el tiempo en las arrugas, la casa cada vez más solitaria, la madurez femenina intacta, la vida sin academias de pintura, ni grandes viajes, ni un buen marido, hijos; mientras tal vez Felipe te hizo un recuento de sus andanzas por continentes.

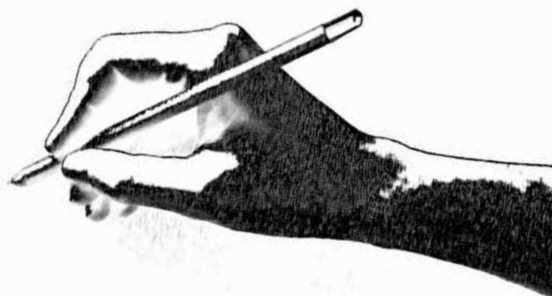
¿Lloraste, Matilde? ¿Lloraste desconsolada frente al vacío del lienzo y los pinceles individuales? Aquí, junto a tus restos en el cementerio, a un lado de la iglesia El Calvario, vengo seguido los domingos y una que otra tarde cuando está abierta la capilla, como todavía la nombran unos cuan-

tos. Subo una parte de la escalinata, volteo a la izquierda, me quedo de pie, frente a ti, para mirar tu placa descuidada para tantas décadas, junto a algunas despintadas como la de Gregoria y otras que sí distingo, como la señorita Luisa. Hay más de 50 muertos de familias conocidas de esas épocas. En un rincón, unos cinco o más botes de pinturas, comida en recipientes de plástico, la típica botella de refresco vacía, arreglos florales del templo, ya secos, uno enorme y despintado donde aún se distinguen letras despintadas y borrosas.

Matilde, te miro a través de esta segunda reja que no suele abrir al público, la que separa tu siglo XIX del XXI, en que yo vivo, la que distingue tu hogar final, cementerio del olvido, junto a El Calvario, de la Tienda del Águila que vio tu juventud; ambos muy cercanos a la casa donde vivo. Están doblando en el campanario, porque murió un señor ya grande. Hace dos semanas falleció otro. En unos días atraerán el cuerpo de alguno más.

Hace finísimo frío. Hoy es verano, pero parece invierno por las bajas temperaturas y el sol escaso. Desde aquí puedo ver nuestro volcán, el Xinantécatl, todavía blanco por aguanieve o algo así. Es como si fuera noviembre. La campana de El Calvario es trágica por la muerte de un vecino. Cuando doblan se escucha aguda, hasta en mi casa, por estar a unas cuadas de esta iglesia.

Estoy muy triste por encontrarte siempre olvidada, Matilde. Pero los sueños tuyos y míos se sostendrán, como yo ahora me detengo de esta reja donde vengo a platicar contigo del amor por mi familia, la pintura, la admiración y emociones que tú me haces sentir. Debería contemplarte desde un balcón hermoso o un sitio especial para ti, en Toluca. Hasta en la muerte estuviste abandonada. Hace falta reconocerte entre nosotros. Me despido por hoy, Matilde: Miguel, El Murciélago. Voy a pintarte una vez más en El Jardín del Arte. 🖌️



Blanca Álvarez Caballero es poeta, periodista y ensayista, maestra en Humanidades por la UAEM, profesora e investigadora. Es autora de los poemarios *Amanecer es incierto y solitario*, *Ausencia del marino* y *Odiseo regresa*, entre otros libros y colaboraciones para diversas publicaciones.

